



Desinformación y democracia

Pilar Alegria
Ministra de Educación. Portavoz del
Gobierno de España

El objetivo de la desinformación, que ha existido siempre, ha sido el mismo en todas las épocas: crear informaciones falsas con el propósito de engañar, influir o manipular la realidad y la opinión a favor de unos determinados intereses. Lo novedoso del momento actual es que nunca antes la propagación del bulo, la mentira y la falsedad había encontrado unas herramientas tan certeras y eficaces como son ahora los canales digitales. La tecnología digital permite generar un gran volumen de información, crear grandes nichos de opinión y alimentarlos con flujos de desinformación personalizados. La desinformación y los bulos tienen una incidencia negativa sobre la sociedad: generan ruido, alimentan el odio y la polarización, provocan desconfianza hacia lo que se escucha o lee y acaban socavando gravemente los sistemas democráticos.

Sin verdad no hay democracia. Si empezáramos afirmando que la desinformación es un concepto nuevo, propio de la sociedad actual, estaríamos faltando a la verdad. Ha existido siempre, probablemente desde el mismo momento en que se tomó conciencia del valor que tenía la información. A lo largo de la historia hay sobrados ejemplos:

desde las campañas de propaganda del Imperio romano hasta la Gran Mentira de la Luna, pasando por el episodio de la destrucción del Maine en Cuba. El objetivo ha sido siempre el mismo: crear informaciones falsas con el propósito de engañar, influir o manipular la realidad y la opinión a favor de unos determinados intereses.

Es cierto que nunca antes la propagación del bulo, la mentira y la falsedad había encontrado unas herramientas tan certeras y eficaces como lo son ahora los canales digitales que, de forma instantánea, son capaces de generar un gran volumen de información, crear grandes nichos de opinión y alimentarlos con flujos de desinformación personalizados. Si a esto le añadimos el crecimiento vertiginoso que alcanzan cada año las redes sociales —en enero de 2024 había 5.000 millones de usuarios activos en todo el mundo, un 5,6% más que en el mismo mes de 2023— podemos imaginar cómo se multiplica el número de comunicaciones con mensajes equivocados o malintencionados.

Cualquier persona, desde cualquier lugar del mundo, con una conexión a internet, se convierte en un potencial líder de

El objetivo de la desinformación es minar los sistemas democráticos, fomentar la fragmentación política, provocar el descreimiento ciudadano ante la información y debilitar los gobiernos legalmente constituidos. Son obra de lobbies, grupos de interés, autócratas y profesionales sin escrúpulos que buscan distorsionar la comprensión de la realidad, dirigir la opinión e influir en la toma de decisiones.

opinión. Y si su parecer viene basado en el bulo y la desinformación, acabará proyectando una realidad distorsionada o directamente, falsa.

Socavar la democracia

Este tratamiento de los hechos tiene una incidencia negativa sobre la sociedad: genera ruido, alimenta el odio, la polarización, provoca desconfianza hacia lo que se escucha o lee y acaba socavando gravemente los sistemas democráticos. Tenemos tres ejemplos bien cercanos en el tiempo con el Brexit y los asaltos a los parlamentos de Estados Unidos y Brasil.

En el proceso secesionista de Reino Unido tanto los partidarios como los europeístas usaron el poder de las redes sociales y las plataformas digitales para desviar el debate, sobre una cuestión tan importante como la salida de la UE. Aunque el gran escándalo se produjo con Cambridge Analytica, la empresa que logró que una red social le cediera, sin permiso de sus propietarios, los datos de millones de británicos para crear perfiles individualizados y bombardearlos con mentiras y bulos a favor del voto contra la UE.

En el caso de Estados Unidos y Brasil, con la teoría de unos supuestos fraudes electorales,

Donald Trump y Jair Bolsonaro incitaron a sus partidarios radicales hacia la insurrección y el asalto a las principales instituciones de sus respectivos países.

El impacto de estas actitudes tiene siempre una víctima concreta, y esta es la pérdida de credibilidad de los pilares que sostienen la democracia: los partidos políticos, el Gobierno, las instituciones y los medios de comunicación tradicionales. Ni que decir tiene que detrás de ellas hay estrategias y planes con unos objetivos muy concretos: minar los sistemas democráticos, fomentar la fragmentación política, provocar el descreimiento ciudadano ante la información y debilitar los gobiernos legalmente constituidos. Son obra de *lobbies*, grupos de interés, autocracias o profesionales sin escrúpulos que buscan distorsionar la comprensión de la realidad, dirigir la opinión e influir en la toma de decisiones. Y es en este contexto donde la ultraderecha ha encontrado un caldo de cultivo perfecto para propagar sus mensajes políticos y sus discursos xenófobos, de odio y contra la igualdad y el progreso.

Un estudio realizado en meses previos a las pasadas elecciones europeas testaba el uso que los políticos hacen de una de

las redes más usadas por los jóvenes, TikTok, y el resultado fue abrumador a favor de los contenidos relacionados con radicales de ultraderecha, a gran distancia de políticos de la izquierda. Los hay que tienen en sus cuentas cientos de miles de seguidores y millones de "me gusta" a sus videomensajes, lo que da idea del efecto altavoz que pueden generar con sus contenidos disfrazados de entretenimiento entre un sector de la población que, por edad, ha crecido en la sociedad digital y utiliza estos canales para informarse, en lugar de los medios tradicionales.

Puesto que la desinformación y los bulos constituyen una amenaza global, magnificada por el uso masivo de las redes sociales, es necesario actuar en varios ámbitos y de manera coordinada. De un lado, con las empresas tecnológicas, algunas de las cuales ya establecen mecanismos de detección de falsas informaciones o campañas de manipulación. De otro, con la sociedad civil y los verificadores de noticias, que comprueban la información y desmontan las mentiras. Y, por último, con las instituciones académicas.

Y es ahí donde, como ministra de Educación, tengo que poner el foco en la importancia de crear entornos digitales seguros, de enseñar a los niños y niñas y a los jóvenes a usar los dispositivos electrónicos con criterio; pero también en facilitarles las herramientas necesarias con las que fomentar el pensamiento crítico que les permita desarrollarse en un mundo digital que, por otra parte, tantos beneficios aportan a la formación.

Cualquier persona, desde cualquier lugar del mundo, con una conexión a internet, se convierte en un potencial líder de opinión. Y si su parecer viene basado en el bulo y la desinformación, acabará proyectando una realidad distorsionada o directamente falsa.

En este desempeño es clave la figura de los docentes que son los que, desde los centros educativos, deben acompañar a los futuros ciudadanos en este camino. Y los primeros que tienen que adquirir las competencias necesarias para transmitir las al alumnado.

Por ello, desde el ministerio hemos utilizado los fondos de recuperación para dotar a los centros de mejores herramientas digitales, y también para ampliar la capacitación del profesorado con la creación de un certificado digital.

La pandemia de la desinformación es global. Y ante esta situación, todos debemos hacer una reflexión profunda sobre una

situación que, desde las instituciones y como responsables políticos, tenemos el deber de atajar.

Es importante aprender cómo funcionan los canales y las estrategias de comunicación que permiten el avance de los radicalismos. También que exista una reafirmación innegociable de los principios democráticos, donde entran en juego la participación, la organización social, la equidad, la solidaridad, el respeto a la diversidad y la igualdad. Y, por supuesto, hay que realizar una mirada pormenorizada a esos grupos sociales más sensibles al mensaje ultra, para entender qué les motiva a seguir sus postulados,

ofrecerles soluciones a sus inquietudes y convencerles de las bondades de vivir en democracia.

Los sistemas políticos democráticos se asientan sobre la existencia de una ciudadanía libre y bien informada, y sin una información veraz ni existe la confianza, ni los ciudadanos pueden ejercer con plenitud sus derechos ni participar en los procesos políticos.

El Gobierno de España está firmemente comprometido en la lucha contra la desinformación, participando en los sistemas de detección y alerta de la Unión Europea y de otros organismos internacionales, y colaborando a través de todas las instituciones. Pero es necesario ir más allá. Hace unos meses, la Comisión Europea aprobó la Ley de Libertad de Medios para luchar también contra la desinformación y sus nefastas consecuencias. España debe aplicar también esa normativa. Es por ello que el presidente Pedro Sánchez ya ha anunciado un plan de calidad democrática que avance también en esta línea.

Ese plan en modo alguno va en contra de la libertad de prensa, como quieren hacer creer los beneficiarios de la desinformación. Todo lo contrario, va a proporcionar mayor transparencia sobre la propiedad de los medios de comunicación, sobre la publicidad institucional que reciben incluso de países externos a la UE, va a proteger más a los periodistas y sus fuentes y va a reforzar la independencia de los medios públicos.

Porque sin verdad no es posible la libertad, y sin libertad no es posible la democracia. **TEMAS**

